

Clamart donde, sin darse cuenta de lo que pedía, se hizo servir para él solo una tortilla de doce huevos. Sus manos blancas, aquella petición absurda y el pequeño libro de Horacio que leía le hicieron notar como aristócrata y conducir a la prisión de Bourg-la-Reine, donde se envenenó. Babinet, nacido precisamente el mismo año (1794), refería frecuentemente esta historia. Su alojamiento se componía, si mal no recuerdo, de dos habitaciones solamente, de las que una le servía de gabinete de trabajo. Allí era donde él recibía. Jamás vi en su casa un criado: La habitación estaba completamente llena de libros puestos los unos sobre los otros, porque la estantería de los muros no podían contener ya más. Las sillas estaban igualmente llenas de libros, y de aquí no sólo la dificultad para sentarse, sino de encontrar donde estar de pie, por no haber sitio para ello. Todo estaba gris de polvo, y las telarañas cubrían las ventanas. Me aseguró un día que aquello era lo mejor que había para la vista: en efecto, los ojos no eran jamás deslumbrados por una luz demasiado viva. Babinet era el-tipo del trabajador en su casa, solitaria y libre de todos los usos del mundo. Era sin embargo muy solicitado en los grandes salones, incluso en las Tullerías. Desde la muerte de Arago, era seguramente el astrónomo más popular de Francia, así como Le Verrier era el más ilustre. Sus artículos del *Constitutionnel* eran leídos por un numeroso público, y ellos fueron los que formaron la base de sus ocho pequeños volúmenes de *Études et Lectures sur les sciences d'observation* (1855-1868) a los que sucedieron mis nueve volúmenes de *Études et Lectures sur l'Astronomie* (1867-1880).

Yo iba con frecuencia a pedirle consejos, hacia las cuatro y media de la tarde, a mi salida del Observatorio, con tanta más razón cuanto que el examinador de la Escuela politécnica había insistido mucho, en el momento de mi entrada en el Observatorio, para que entrara más bien en dicha escuela, previendo para mí una carrera más segura. Pero mi aversión innata por el estado militar me había hecho desistir inmediatamente de ello, y no hubiera aceptado jamás ser el oficial más brillante, aun en el caso de haber podido llegar a serlo.

Aquel día llegué sin duda un poco rojo de la discusión que acababa de tener con el cura Moigno, porque, a pesar del claro-oscuro de la habitación, Babinet reparó en ello.

— ¿Ha corrido usted mucho? me preguntó.

Le referí mi historia, y pareció extrañarse mucho de mi ingenuidad.

— ¡Qué mala idea ha tenido usted de hablarle de esas cosas! Si tuviere usted diez años más y él no le hubiera hecho tomar la tangente, seguramente le hubiera usted puesto en un grave apuro. ¿No sabe usted que como muchos otros, él tiene dos conciencias? El sabio y el sacerdote no están forzados a entenderse.

La conversación fué bastante larga. Por la noche, antes de dormirme, me pareció que la religión tenía dos especies de partidarios, considerándola bajo dos aspectos diferentes: los creyentes que aceptan los dogmas como verdades reveladas, y los razonadores que juzgan útil su influencia para el buen funcionamiento de la sociedad, pero que no admiten de ninguna manera la Revelación.

BIBLIOTECA ALFONSIANA
 U. A. N. I.

Estas dos maneras de ver me parecieron excesivamente distintas. La segunda no interesaba mi necesidad de verdad. ¿Son verdad o no los principios del cristianismo? He aquí lo que yo quería saber.

Se trataba pues para mí de continuar el examen empezado, y a este trabajo me entregué durante meses y meses dos años seguidos.

Volví a leer el Génesis; volví a examinar los Evangelios y este examen minucioso es el que resumi en el cuadro comparativo que publiqué más tarde en mi obra *Stella*.

La atenta comparación de este doble paralelo establece que la historia cristiana es insostenible bajo todos los puntos de vista. La historia científica está fundada en la observación directa de los hechos de la naturaleza, mientras que la historia religiosa no ofrece en su base sino puras ficciones, necias, indemostrables y hasta contradictorias.

¿Es admisible que el Sol, la Luna y las estrellas hayan sido creadas en un día, — y el cuarto, la luz que había sido creada el primer día -- para lucir sobre la Tierra?

¿Es admisible que Dios se tomase la pena de modelar un cuerpo de barro para formar a Adán?

¿Es admisible que Eva haya sido sacada de una costilla del primer hombre así creado?

¿Es admisible que la serpiente haya hablado?

Y profundizando la enseñanza bíblica, se ve que el autor del relato trata verdaderamente a Dios con un poco de familiaridad y le toma simplemente nada más que como un hombre poderoso. ¿No se lee en el Génesis que « Dios se paseaba en el jardín por la tarde, cuando corría un viento suave » y que « él

mismo hizo los vestidos » para cubrir con ellos a Adán y a Eva?

¿Cómo se explica la condenación de la serpiente a vivir en adelante arrastrándose? ¿Pues cómo marcharía antes este reptil?

En los Evangelios, Jesús descende de David por su padre José, y así se cumplen las profecías. Pero, ¿cómo puede Jesús descender de David, si José no fué su padre? Y si José fué su padre, ¿cómo es que la Virgen María pudo ser virgen y concebir por obra del Espíritu Santo? Por otra parte, ¿cómo se puede afirmar que Jesús haya salvado a la humanidad, puesto que las nueve décimas partes, por lo menos, de los habitantes de la Tierra no conocen el Evangelio o no creen en él? En resumen, ¿no se concreta toda la doctrina cristiana a que la redención fué fundada sobre la falta de Adán, la falta sobre la tentación, la tentación sobre la existencia del demonio, y éste sobre una batalla de ángeles antes de la creación del hombre? ¿No es cierto que un tal edificio resulta excesivamente romanesco? ¿No debemos ver en todo esto una pura ficción oriental?

Si, como se interpreta hoy, es imposible tomar este relato a la letra, ¿qué es lo que queda de él? Es como si, en astronomía, en la exposición del sistema del mundo, un profesor viniera a decirnos que ni los astros ni sus movimientos existen y que en todo ello no hay más que símbolos. Los métodos de las ciencias positivas nos han hecho, desde hace mucho tiempo, mucho más exigentes.

Muchas otras dificultades habían venido a atormentar mi espíritu desamparado, especialmente el dogma de la resurrección de los cuerpos. ¿Cómo

CAPITULO ALFONSINA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
U. A. N. I.

podríamos resucitar en carne y hueso, según el texto, y sufrir en nuestros órganos que hubieran pecado, puesto que las moléculas constitutivas de nuestros cuerpos se disuelven en el sepulcro y se incorporan a otros organismos, aun, por otra parte, durante la vida, que no es más que un torbellino de átomos? ¿A qué edad hemos de resucitar? A la de la muerte, sin duda : ésta sería frecuentemente bien caduca. Cuerpo glorioso, ha escrito San Pablo. Pero ¿de qué servirían órganos desprovistos de funciones y vientres que no tuvieran (afortunadamente) nada que digerir? Etc., etc. El Credo cristiano se desagregaba como lo demás.

El trabajo sincero y riguroso a que me había entregado para esclarecer mi espíritu me había llevado gradualmente a la convicción de que los principios sobre que el cristianismo está fundado son absolutamente falsos. Me consideraba profundamente desgraciado con esta conclusión.

Por otra parte, mi última confesión me había dejado la más triste impresión sobre el estado de alma de mi confesor, el padre X..., de San Roque. A pesar de mis diez y ocho años, yo era de una sencillez rara, aunque de una naturaleza excesivamente ardiente. Las cuestiones que me fueron planteadas, renovadas y vueltas a repetir y que, por otra parte, parecían tener por objeto poner al descubierto los secretos más ocultos del desarrollo de la adolescencia, me habían hecho subir a la frente un tal rubor, apoderándose de mí un tal embarazo, que, en mi pudor ofendido, dejé de responder, me levanté y me fuí. Desde entonces, no he vuelto jamás a aproximarme a un confesor.

Algún tiempo después me puse a leer las *Confesiones de San Agustín*. El obispo de Hipona, cuya madre, Santa Mónica, era tan piadosa, cuenta que un día, hacia la edad de diez y ocho años, estando en los baños romanos..., pero dejémosle la palabra.

« Yo no podía, dice, encontrar todavía esa tranquilidad de deseos que no tiene otro fin que la generación... Un día que estábamos en el baño, habiendo observado mi padre en mí los primeros signos de la virilidad y de una inquieta adolescencia, sintió una gran alegría como si viera ya a su alrededor los pequeños y se apresuró a dar cuenta de ello a mi madre. »

¡Oh, pensaba yo; en verdad que todavía no estoy en edad de contraer matrimonio! Pero ¿por qué me acusa mi confesor de pecado grave por sensaciones puramente naturales, y por qué había yo de ser más santo que San Agustín?

Por el concurso de circunstancias, y por la lógica misma de mis estudios, sucedió también que a los diez y ocho años dejé de creer en la divinidad de Jesús, en los sacramentos y en lo que constituye el conjunto de las enseñanzas de la Iglesia. Mi compatriota Diderot, nacido en Langres, de padres muy cristianos también y cuyo hermano era un sacerdote convencido, había seguido sensiblemente el mismo camino.

La lectura del *Diccionario filosófico*, de Voltaire, completó mi emancipación, sin satisfacerme sin embargo, porque el filósofo de Ferney, al que se le da frecuentemente el título de « príncipe de los ateos », es, por el contrario, absolutamente deísta, tanto como el mismo Jesucristo, sin el misticismo de

BIBLIOTECA ALFONSIANA
 U. A. N. I.

los esenianos y de los profetas, pero no admite la inmortalidad del alma. Y frecuentemente vuelve a la profesión de fe, que resume en estas palabras :

Si Dios no existiera, sería preciso inventarlo.

Y en éstas :

L'Univers m'embarasse, et je ne puis songer
Que cette horloge existe et n'ait pas d'horloger.

En el canto VII de la *Henriade*, la estrofa que principia así :

Dans le centre éclatant de ces orbes immenses
Luit cet astre du jour par Dieu même allumé.

y termina por estas palabras :

Par delà tous ces cieux, le Dieu des cieux réside.

no es menos explícito.

También se conoce la inscripción de la iglesia de Ferney, construída por el filósofo :

DEO EREXIT VOLTAIRE

Hace algunos años fui allá en peregrinación filosófica. Voltaire es un deísta convencido.

Pero espiritualista en lo que concierne a la existencia de Dios, es materialista en lo que concierne a la existencia del alma, y esta semi doctrina no me ha parecido jamás satisfactoria. Si existe un espíritu en la naturaleza, este espíritu está en todos los seres, y no está demostrado ni mucho menos que el nuestro sea destructible.

Yo estudiaba también las otras religiones, especialmente la de Budha, que M. Barthélemy Saint-Hilaire acababa de exponer en un libro documentado, y las de la Grecia, que M. Alfred Maury acababa de descri-

bir en detalle. Comparándolas con el cristianismo, reconocí que, en el fondo, los principios son los mismos : la necesidad de ideal, el reconocimiento de un Ser superior y el sentimiento de la justicia, y que en todas también, el hombre ha concebido a Dios a su imagen, y que ha hecho antropomorfismo sin darse cuenta de ello. El Dios de todos los teólogos, a cualquiera religión que pertenezcan, me ha parecido de invención humana, y a cada uno de esos doctores, mi alma emancipada dice con el poeta :

Mon Dieu n'est pas le tien, et je m'en glorifie;
J'en adore un plus grand, que tu ne comprends pas.

Admitir la religión como una utilidad social, es otra cuestión, cuya discusión sería larga. Yo soy el primero en admirar las obras sublimes inspiradas por la caridad; pero esta no es la cuestión. Para el pensador, se trata de saber si esos principios son verdaderos o no. ¡Oh, sin duda que, en general, no se examina este punto tan de cerca! Todo el mundo ha visto mujeres coquetas jugando hipócritamente a la religión, para ir a exponerse en la iglesia y cazar amantes en ella; todo el mundo sabe también que los matrimonios más distinguidos se han hecho por mediación de los confesores. Muchos comercios ganan con la conservación y entretenimiento de los altares. Pero ¿qué tienen que ver esas comedias con el grave y fundamental problema de la vida futura y de la inmortalidad del alma? Frecuentemente no hay en todo esto sino engañosas e infames parodias.

No hay duda que los usos lo exigen así; el domingo es el día de los bellos tocados; pero ¿qué prueba esto?

CARTELA ALFONSINA
 BILBAO 1877
 U. A. N. E.

La Religión : sí. Las religiones : no.

To be or not to be. SER O NO SER, dice Hamlet en su monólogo. ¿Qué hemos llegado a ser?

La meditación sobre este punto nos conduce al horrible dilema siguiente : o bien desaparecemos enteramente a la muerte y entonces, adiós toda esperanza y toda justicia, o bien continuamos viviendo, y entonces se nos impone una vida sin fin. ¡Vida sin fin! ¡Existir eternamente! ¡No poder refugiarse en ninguna parte fuera de esta implacable eternidad! ¿Cómo mirar frente a frente una tal perspectiva? ¡Y el Universo, que tampoco tiene fin! ¿Cuál es el destino del átomo que piensa? Pero ¿implica necesariamente la supervivencia una inmortalidad sin fin? El problema excede tan inmensamente nuestra facultad de pensar, que lo más prudente, según parece, es reconocer nuestra impotencia para resolverlo. Una investigación permanente no podría conducir sino al suicidio, o, sin contradicción, al suicidio moral.

Se me ha invitado con frecuencia a pensar que la religión no debe ser juzgada secamente por la razón, sino apreciada por el sentimiento. Esta es absolutamente mi opinión. No soy de los que pretenden eliminar el sentimiento, y creo, por el contrario, que representa uno de los elementos fundamentales de la naturaleza humana. Él es el que conduce el carro de la historia; él es el que guía al mundo. Pero también es preciso que esté de acuerdo con la razón y que no la eclipse.

Es indispensable que el sistema del mundo moral y el sistema del mundo físico formen una sola unidad; la astronomía y la filosofía religiosa deben ponerse de acuerdo, y me he creído obligado, por la marcha

misma de mis estudios, a establecer y a demostrar esta verdad. No existen errores inofensivos, y mucho menos errores « respetables y sagrados ».

Yo sé bien que confesando estas luchas en pura sinceridad y poniéndolo todo a discusión, me hago un gran mal a mí mismo, bajo el punto de vista de los intereses materiales, así como a los editores de mis obras. Una notable parte de los lectores es cristiana y lastimo sus creencias, aunque no obligo a nadie que acepte las mías. De aquí resulta que los directores de conciencias prohíben leer mis libros. Por otra parte, como no soy ateo, los pretendidos positivistas me empujan igualmente al desvío, poniendo pues contra mí los dos campos más importantes.

No siendo católico, ni judío, ni franc-masón, no reuno en mi juego ninguno de esos triunfos que sirven tan útilmente en las combinaciones de la vida. Esto no es hábil; es una independencia ridícula. No podemos por menos de observar que la humanidad es cobarde, esclava de los prejuicios, ama su tranquilidad y prefiere una buena almohada a todo lo que pueda dañar su reposo y sus intereses inmediatos. Pero no puedo por menos de ser sincero, y jamás he escrito una sola línea con un fin interesado. Y después, ¿podría un francés no ser *franco*, aun sintiendo a veces chocar con ciertas opiniones? Algunas veces he tenido envidia de los músicos que pueden hablar su bella lengua sin mortificar ninguna idea; ¿aprecian mis amigos Saint-Saens y Massenet su superioridad sobre nosotros? Sin reparo alguno diré a los que me censuran lo que Copérnico dijo en el prefacio de su libro *De revolutionibus orbium cælestium* :